

se á iniciar en los misterios de la sabiduría á los oráculos puramente humanos, ni que ir á recorrer las naciones para desentrañar las maravillas de la naturaleza y para descubrir los progresos de las ciencias del hombre; y lo que tuvieron que hacer y lo que hicieron, fué encerrarse dentro de sí mismos, en aquel sosegado y secreto recinto del Cenáculo: allí fué donde empezó á realizarse la profética promesa que el Señor había hecho *de derramar sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalem, el espíritu de gracia y oracion*: y allí fué, donde estando los apóstoles, como dice S. Lucas, *perseverando todos unánimemente en la oracion*, tuvieron la escuela en que aprendieron con la luz del Santo Espíritu, que allí descendió sobre ellos, á confundir la falsa sabiduría del mundo y á curar las llagas de sus corrompidas costumbres.

Esta escuela apostólica, es la que debe cursar el clero en todo tiempo para llenar debidamente su mision: y para poder juzgar en todos tiempos y en todas partes de la accion del clero sobre la sociedad, ó mas bien dicho de la direccion que le dé, basta conocer la escuela en que el clero se haya formado. Si esta escuela, á la vez de ilustrar la inteligencia con las ciencias indispensables al desempeño del ministerio sacerdotal, forma tambien y principalmente el corazon, nutriéndolo perfectamente en el espíritu apostólico, ó mejor dicho con el Espíritu Santo que en la perseverante oracion del Cenáculo formó el corazon de los apóstoles, entónces con toda seguridad puede decirse, que el clero está formado conforme al espíritu del divino Fundador de la Iglesia, y que la sociedad apacentada en los campos de la virtud y bebiendo en los abrevaderos de la gracia, caminará con paso seguro por los senderos de la felicidad; pero si el clero no está formado conforme á las dos condiciones esenciales

para llenar los dos grandes fines de su institucion considerada socialmente, esto es, de ser el maestro de la fé y el regulador de las costumbres, entónces tambien sin equivocarse se puede decir que falta algo al clero para llenar su altísima mision; y que esta falta influirá en que la sociedad camine extraviada, viendo primero corromper sus costumbres, y mas tarde, oscurecer su inteligencia con las nubes de los errores.

El clero secular mexicano se formaba en los seminarios, donde se satisfacía hasta donde era posible la necesidad de ilustrar la inteligencia de los jóvenes levitas, en todas las ciencias indispensables para desempeñar debidamente el ministerio sacerdotal; y por esto hemos visto, que en todas las revueltas habidas entre nosotros despues de la independencia, y en esas encarnizadas luchas que han venido á provocar el espíritu revolucionario importado por las escuelas extranjeras, el clero tiene como un título de gloria que no se lo podrán quitar sus adversarios, ni empañar siquiera sus detractores, de haber guardado la mas perfecta unidad en la fé y de haber combatido con un noble y heróico esfuerzo para salvar esa celestial antorcha, única luz civilizadora de las sociedades. Si despues de una tormenta tan desecha como la que ha descargado sobre nosotros, se salva nuestra sociedad del naufragio de que se ha visto amenazada, su salvacion la deberá á la accion poderosa de la fé; y este depósito sagrado no se ha guardado incólume y librado de tan terribles golpes que le han descargado sus enemigos, hablando humanamente, sino al glorioso esfuerzo de esa milicia sagrada que reconoce, por gefe, al episcopado mexicano perfectamente unido á la cabeza visible de la Iglesia católica, por dignos y esforzados capitanes, á todos los miembros del clero que han marchado exactamente sobre las huellas de sus prelados, y por soldados,



á todos los que, por dicha suya, no han renegado de la Fé, cuyo glorioso estandarte está en el leño de la Cruz que corona la cumbre del Calvario.

Pero si los establecimientos de educacion sacerdotal, bastaban para satisfacer la necesidad de que el clero llenara perfectamente el primer fin de su altísima mision; no eran sin embargo, del todo suficientes, para nutrirlos tan satisfactoriamente como hubiera sido de desear, en ese espíritu apostólico, que haciéndolos la sal de la tierra, los hubiera llenado de ese espíritu de gracia y oracion que debia ser la completa egida de las costumbres generales de la sociedad.

Esto consistia en que abriéndose los seminarios, no solo para recibir en su seno á los jóvenes que debian abrazar la sagrada carrera del ministerio sacerdotal, sino para todos los seculares que aspiraran á una educacion científica, cualquiera que fuese, supuesto que no habia otros establecimientos de educacion literaria, para la formacion del corazon se seguia un método comun, magnífico sin duda para nutrir el espíritu de los jóvenes en todas las virtudes, en un grado ordinario; pero insuficiente para dotar á todos los sacerdotes en ese perfecto espíritu apostólico, que es esencial para el digno desempeño del tremendo ministerio sacerdotal. Y esta es la razon porque, entre multitud de varones apostólicos que han ejercido su ministerio entre los pueblos con una pureza y santidad de vida propia de los tiempos heróicos del cristianismo, y un celo digno de los primeros campeones de la Iglesia católica, no han faltado lunares que se hayan descuidado de su rebaño, tanto mas notables, cuanto era admirable la heroica conducta de los muchos sacerdotes que han olvidado todo lo terreno, para cuidar solo del bien espiritual, para honra de la Iglesia mexicana y gloria del Divino Conservador de las sociedades.

Pero tanto porque es una propension bastante comun, pasar de prisa por delante de las almas grandes y olvidar con demasiada prontitud los sentimientos generosos, á la vez que se hace fijar la opinion de una manera remarcable en todas las miserias del corazon humano, como si se hallará un placer en la desgracia ajena; como tambien porque á la obra de destruccion del espíritu revolucionario, no convenia hacer mérito sino de aquellas acciones individuales, personalísimas, en que algunos miembros del clero aparecian con una conducta contraria á la elevada grandeza de su ministerio, el espíritu de reforma las sacaba á plaza poniendo el grito en el cielo para condenarlas; en lo cual obraría con razon, si obrara con rectitud y con justicia. Pero no era el bien general de la sociedad, ni un espíritu de justicia por reformar en el clero aquellos actos que no estaban conformes con la pureza de su institucion, lo que guiaba á los turbulentos espíritus que con tanta agitacion procuraban un trastorno social; sino que tomando solo ese pretexto, confundian en sus injustas acusaciones á toda esa clase venerable, para descargar sobre toda, su golpe de destruccion, á fin de privar á la fé de sus maestros y naturales defensores, para minar entónces por su base el edificio social, y levantar sobre sus ruinas, un nuevo edificio donde tuviera su trono la razon con los arreos de sus extravagantes delirios y espacio suficiente para pasearla por el campo de todas las pasiones.

En la relacion de los hechos de que nos vamos á ocupar, examinaremos en detalle cada uno de esos actos de la reforma, que son otros tantos tiros contra la religion, y á la vez otros tantos golpes de la justicia divina sobre una sociedad á quien quiere castigar por sus culpas pasadas, y á quien quiere probar en el crisol de la tribulacion, para que su fé se avive, para que su esperanza se aliente, para que su caridad se inflame; y para que aprendiendo



en esa escuela del dolor y del sufrimiento, su corazón se haga digno de elevarse sobre todas las miserias y desempeñar el noble papel que le está reservado en los designios de la Providencia, entre todos los acontecimientos que determinan la marcha general de la humanidad.

Ahora solo hemos considerado en general las causas remotas de la revolución, para estudiar á ésta bajo el punto de vista filosófico; y para considerarla, no solo como un mal esencial sino también como un mal accidental, que puesto en las manos de Dios como un instrumento, unas veces de su justicia y otras de su misericordia, lo convierte el Señor en un bien por sus consecuencias en la marcha ulterior de la sociedad. Un mal y muy grande, fué el pavoroso cataclismo del diluvio; pero como instrumento de la justicia de Dios, fué un bien para librar al mundo de toda carne corrompida; y como instrumento de su misericordia, fué un bien para determinar la marcha recta de la humanidad en la inocente familia del justo Noé. Un mal fué para el mundo, que las hordas bárbaras del Norte capitaneadas por Atila y Alarico inundaran la Europa, y que dándose un abrazo con los pueblos incultos del septentrion y con las tribus nómades del Oriente, formaran un dogal sobre el cuello del mundo culto, ahogándolo entre los feroces gritos de su furor salvaje; pero este mal tan grande como fué, era á la vez un bien en manos de la Providencia, porque era un instrumento de su justicia para abatir el orgullo y quebrantar hasta el último hueso de aquel criminal coloso de Roma, famoso ladrón de toda la redondez de la tierra y opresor tirano de todos los pueblos; y también era un instrumento de la misericordia divina para preparar por ese medio en todo el mundo, el paso á la verdadera civilización, oculta entonces bajo las sombrías catacumbas de la ciudad de los

Césares ó desterrada á los solitarios y rústicos albergues de los anacoretas.

De aquí ha partido la profunda observación de hombres previsores y concedores del corazón humano, que estudian el tiempo presente en las polvosas y enmohecidas páginas de lo pasado, y que ven reflejar los misterios del porvenir en la tersa superficie del presente, que siempre entre la lucha del bien y del mal físico y natural se nota el triunfo del segundo sobre el primero; pero en el momento de entonar el canto de su victoria, de entre aquellas ruinas del orden físico y de los escombros del orden natural, sale victorioso el bien moral y sobrenatural; porque las revoluciones así como son males en cuanto tienen de ser la obra de los hombres, así también son bienes en cuanto que son los instrumentos de Dios para castigar las sociedades culpables objeto de su justicia, y preparar los caminos de las sociedades heroicas y generosas objeto de su misericordia. Y por eso ha dicho uno de esos hombres eminentes, que cuando una sociedad lamenta los estragos de una revolución, los contendientes en esa lucha no deben llamarse adversarios, sino cómplices de un mismo delito, supuesto que el mal de la revolución es la obra común de los que la promueven y de los que la provocan: y esta observación altamente sabia y profundamente filosófica, sirve para entrar con una luz muy clara en el estudio de las revoluciones; para conocer cuáles son sus verdaderas causas; para saber lo que tienen de esencialmente malo y de accidentalmente bueno; y para que conociendo su verdadera naturaleza, se sepa buscar el remedio de ellas en aquel punto donde verdaderamente tienen el mal y puede aplicárseles el remedio.

Haciendo aplicación de esta doctrina al período histórico de que nos vamos á ocupar, deduciremos como consecuencia: que si el espíritu de incredulidad ha extendido



sus negras alas sobre el hermoso cielo de México, no ha sido sino porque la fé que nos legaron nuestros padres se habia plegado sobre su asta, como el soldado que repliega su bandera para retirarse del campo de sus gloriosos combates, abandonándolo á la accion de su enemigo: y si la luz de la fé apareció eclipsada en parte, una de las poderosas causas para ello, tal vez la principal y quien sabe si la única, fué el veneno que el extravío de las costumbres inoculó en el corazon de la sociedad; y esta relacion general de las costumbres, tambien ha de reconocer como una de sus causas principales, esos huecos que en las filas de la milicia sacerdotal, dejaban algunos de sus soldados, que no teniendo el espíritu apostólico esencial de su institucion, aquel espíritu de gracia y oracion que siempre ha de haber en los habitantes de Jerusalem, dejaba de hacerlos la sal de la tierra; y debilitados esos puntos para resistir el terrible ariete del enemigo de la humanidad, que siempre está en vela para redoblar sus ataques, hallaba donde abrir una brecha en el muro que debe ser el baluarte de las costumbres y de la fé de la sociedad.

Y si esta es una de las causas de los males que lamentamos, indudable es que el remedio está indicado naturalmente, en volver á esa clase venerable de la milicia sagrada, todo su vigor, en aquel espíritu apostólico en aquel espíritu de santidad y de perfeccion, que es el precepto á que está sujeta su institucion: y siendo entonces todos los ministros del altar, no solo la luz del mundo como maestros únicos en la fé, sino la sal de la tierra como los reguladores de las costumbres, la sociedad volverá á entrar en su cauce natural y el espíritu de la revolucion indudablemente quedará vencido ante el árbol sagrado de la Cruz, que es el trono del poder legítimo para los que mandan y de la verdadera libertad para los

que obedecen. Fuera de ese árbol bendito, no hay sino frutos de muerte: la tiranía en los que mandan, la insurreccion en los que obedecen: el error para la inteligencia, la corrupcion para el corazon; y el caos espantoso donde en confuso desorden vagan todas las clases de la sociedad.

Para dejar terminada la materia de este capítulo, daré lugar á un anacronismo, que á la vez de contener tambien una observacion filosófica en nuestra historia, es al mismo tiempo una confirmacion de lo que se deja expuesto, porque es una razon que en sentido contrario prueba el mismo juicio que dejo sentado.

Despues de sentir los terribles estragos que la revolucion ha hecho en nuestra sociedad, el episcopado mexicano, cuya institucion no es obra del hombre, sino que es una institucion divina, y como tal, asistida directamente por la luz del Espíritu vivificador de las sociedades, inmediatamente ha puesto la vista en la llaga de la sociedad; y no poniendo su esperanza en el hombre, ha buscado el remedio del mal, en la única fuente donde se encuentra: como no podia dejar de ver, que ninguna miseria humana se cura sino con un bálsamo divino, y que los únicos y exclusivos dispensadores de la gracia celestial, son los ministros del altar que puestos entre la malicia del hombre y la justicia de Dios tienen en su mano la Víctima Infinita que es la reconciliacion del cielo con la tierra, de la criatura con el Creador, se ha ido derechamente á la curacion del mal, buscando el remedio en que esa falange sagrada del sacerdocio católico, forme una línea no interrumpida por huecos, una muralla cerrada, coronada con la Cruz, de donde no se vuelva mal por mal, ni se devuelva la muerte por la muerte; sino que embotándose en esa muralla indestructible los tiros de los enemigos, á los tiros de la incredulidad se responda con los resplandores de la



fé; á los rabiños gritos de la desesperacion, con las dulzuras celestiales de la esperanza; y al fuego impuro de la concupiscencia y de todas las pasiones, con el fuego purísimo y ardiente de la caridad evangélica.

Para esto se ha buscado la reforma del clero, no en esa mentida reforma que no tiene mas objeto que hacinar ruinas para establecer el efímero trono de la tiranía sobre los sangrientos despojos de la muerte; sino en aquella escuela donde el Señor derrama sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalem, el espíritu de gracia y oracion, que siendo el mismo Espíritu Santo que vivifica á todos los seres, hace de los ministros del altar, los perfectos imitadores de su Maestro Divino, para que sean la luz del mundo y la sal de la tierra: y en pocos años que el episcopado mexicano trabaja por esta reforma, la sociedad no presenta ya el repugnante espectáculo de un esqueleto corrompido, sino de un enfermo que vuelve á la vida y que recobra todo el vigor de sus fuerzas.

Este esfuerzo del episcopado mexicano, es digno de elogio; y no puede menos que hacer nacer una dulce y consoladora esperanza, el empeño que hoy generalmente se tiene en plantear los establecimientos en que se ha de formar el clero, bajo las bases de la humildad y la mansedumbre, de la oracion y el recogimiento, y del celo apostólico y la caridad en toda su extensa comprension y en sus maravillosas trasformaciones.

Para esto ha contribuido muy eficazmente el Sr. presbítero D. Agustin de J. Torres, hombre que está llamado por la providencia á desempeñar un papel muy interesante en la regeneracion de una sociedad bastante carcomida por la gangrena de su corrupcion: este modesto sacerdote en quien resplandece la ilustracion del hombre sabio, la santidad del justo y el celo del apóstol, se halla en contacto con la mayor parte del episcopado me-

xicano y es un cooperador eficazísimo, que contribuye con los grandes elementos que el Señor se ha dignado poner en su mano, para llevar á buen término la formacion del clero católico, con todo el esplendor de los tiempos apostólicos: de las diócesis mas distantes se piden sus consejos y se utilizan sus elementos; y no será muy tarde el dia en que se vea renovado en la extensa prolongacion de nuestro suelo, ese fuego de caridad apostólica, que encerrada en las catacumbas de los mártires purificó las llagas de una sociedad idólatra; y que saliendo de allí en glorioso triunfo, hizo arder en una llama y fundir en un solo molde, los restos del paganismo y las hordas bárbaras del Norte, para sacar de esas partes heterogeneas, el todo perfecto de la civilizacion del mundo.

El año de 1864 se erigieron en México algunos nuevos obispados, siendo uno de ellos el de Zacatecas, al cual tocó la buena suerte, que se le designara como fundador de su silla episcopal, al apostólico varon D. Ignacio Mateo Guerra, cuya memoria vivirá siempre en el agradecido corazon de las ovejas de su rebaño. Este celoso príncipe de la Iglesia, procuró atender como á una de las principales necesidades, á la formacion del clero de una manera conveniente á su sagrada institucion: provisionalmente confió esta mision al presbítero D. Francisco Sotomayor, sacerdote ilustrado, de grandes y elevadas virtudes, que correspondiendo al encargo de su Prelado, trabajó con empeño en la formacion y desarrollo del seminario provisional; pero queriendo el Sr. Guerra, que su clero estuviera á la altura de su elevada mision sobre la tierra, y que correspondiera exactamente á las necesidades que debian remediarse en la sociedad, trabajó cuanto pudo porque viniera á encargarse de la direccion del seminario el docto y virtuoso sacerdote D. A-



gustin Torres, que á no dudarlo, tiene un encargo providencial en la formacion del clero mexicano. - El Sr. Torres accedió á ser el auxiliar del Illmo. Prelado que lo llamaba, en la grandiosa obra que le encomendó. Todo faltaba entonces en una Iglesia naciente, que se establecia sobre los escombros de la reforma, que acababa de consumir el impío despojo de las iglesias y de sembrar en todos los corazones la venenosa semilla de la impiedad; pero el Sr. Torres convirtiendo en una verdad práctica la expresion valiente de San Pablo, de que la caridad todo lo puede con la gracia de aquel que la conforta, en muy breve tiempo llevó á cabo con su apostólico celo, una gran reforma en las costumbres, construyó un bello edificio para establecer el Seminario, lo hizo adelantar notablemente en su parte moral, dejando ya perfeccionados á varios sacerdotes en el espíritu apostólico; y á la vez abrió una senda, que pudiera recorrerse por todos sus compañeros en el sagrado ministerio, con grande provecho espiritual de la sociedad. ¡La rápida carrera del Sr Torres por esta Iglesia, fué el paso de un luminoso meteoro, el esplendor de un astro! Su caridad fué tan grande, su celo tan ardiente, que todos sus pasos fueron ajustados á las huellas del Divino Maestro; y como no solo eran objeto de su ternura y de su cuidado las almas que pudieran estar mas cerca de él, sino que su caridad, como toda caridad verdadera se extendia al bien de todas las almas, cualquiera que fuera su condicion y su morada, su mayor empeño era la formacion de aquellos vasos de eleccion, que llevaran los perfumes de la santidad por todas partes, por todos los pueblos y para todas las gentes: muy bien sabia que la gangrena de la sociedad no se cura ni con el dinero de los ricos, ni con el efímero resplendor de la mentida sabiduría humana, ni con el influjo de los poderosos del mundo, ni con el hierro de los

soldados audaces, ni con todo el materialismo que el siglo actual respira por todos sus poros: todo esto sirve para oprimir á la sociedad, pero nunca para aliviarla; sirve para corromper la sociedad, pero jamás para curar una sola de sus miserias; el único bálsamo, el único remedio, el único consuelo, está en la eficacia de la doctrina de Jesucristo; y los únicos dispensadores de esta eficaz medicina, son los miembros del sacerdocio católico, que apartados del bullicio del mundo y de las vanidades del siglo, predicán con su palabra, y mas que con su palabra, con su ejemplo, que la única sabiduría verdadera es la que tiene por objeto á Jesucristo, y á Jesucristo bebiendo en el cáliz de su pasion y muriendo crucificado por el amor de Dios y la caridad para con la humanidad. Este conocimiento lo hacia trabajar asiduamente en abrir para esta Iglesia una fuente de abundantes bienes, dotándola de un establecimiento donde se formara un sacerdocio, que correspondiera exactamente á las exigencias y necesidades de una sociedad extragada por los furores de la revolucion, porque ahora lo mismo que en todo tiempo, la sociedad necesita todavía más que de hombres ilustrados, de operarios del Evangelio santos y perfectos, que trabajen con apostólico celo en la viña del Señor. ¡Ojalá y algun dia pueda ese apostólico varon tener el consuelo de ver que no queda infecunda la semilla que depositó en este suelo y que no es estéril la tierra que él abonó con sus fatigas y sus sudores!

El autor de esta obra fué deudor al Sr. Presbítero D. Agustín Torres y al Illmo. Sr. D. Ignacio Mateo Guerra, de un aprecio especialísimo y de una consideracion tal vez única en su género; y obligado por esa deuda sagrada, consigna en esta página el testimonio mas solemne de su gratitud para esos dos varones ilustres, lo mismo que pa-



ra los Doctores D. José María Laorenzana y D. Rafael Aguila, hombres tan admirables por su saber como respetables por su virtud, de quienes recibió en su juventud los mas señalados favores para la formación de su carrera literaria, en el Seminario de Durango.

Cerraré este capítulo, con la corona fúnebre, que fué la flor que mi agradecida mano puso sobre la tumba del primer Pastor de este rebaño.

*CORONA fúnebre, que la redaccion de «El Católico» dedica como último homenaje á las eminentes virtudes del Ilustre y Dignísimo Prelado Dr. y Lic. D. Ignacio Mateo Guerra, Primer Obispo de Zacatecas.*

No es nuestro ánimo cantar las glorias de un héroe del mundo, á quien el clarín de la fama hubiera hecho célebre por su poder, su prosperidad, la grandeza de sus honores, el valor de sus riquezas, el falso brillo de su mundana gloria, ó por otras de estas cualidades que no pasan de ser términos vagos, para alimentar la vanidad y fascinar los sentidos, sin que su poderío pueda extenderse un momento mas allá del sepulcro: todo esto es verdad que proporciona goces, pero goces para los sentidos, mezquinos como el corazón que los busca, efímeros como el siglo que los produce, y que como todo lo que procede de la materia, bien presto acaba devorado por el tiempo. No me voy á ocupar de tejer una corona cívica, con esas flores que una sociedad pervertida contrapone á los laureles de la fé: ni será mi objeto considerar á un hombre fascinado con las aéreas y fantásticas figuras del mundo que pasa, ó aherrojado con la aurea cadena de la materia que perece; no hablaré de esa gloria que tan sólida nos parece en esta vida, pero que se evapora en la tumba al primer contacto del frío glacial de aquella estrecha pri-

sion donde se encierran todas las grandezas terrenas, hacinadas en un puñado de podredumbre, pasto de viles gusanos. Lejos de ser objeto de este trabajo un hombre distinguido con la boga del pueblo y el respeto del mundo llevado solo por falsos honores, será su fin principal, hacer comprender que el noble, el excelso y verdadero fin del hombre está mas allá, de lo que se mide por el tiempo y se consume por la implacable guadaña. Al recorrer en una rápida ojeada la vida del Ilustre Prelado Zacatecano, dejaremos consignadas las sublimes virtudes que constituyen su imperecedera gloria: consignaremos la diferencia que existe entre los timbres de gloria nacidos de la moral y la religion, y los que da el mundo extraviado en su delirio; y probaremos una vez mas, que esos fulgores de la vanidad que brillan como los fuegos fatuos del cieno, nada valen ante los esplendorosos destellos de una abnegacion profunda, de una fé humilde, de una sufrida esperanza, de una caridad ardiente y de todas las virtudes que solo se pueden aprender en esa sabiduría, que en vano busca el mundo fuera de las escuelas católicas.

El Sr. D. Ignacio Mateo Guerra nació en la jurisdiccion del curato de la Villa de la Encarnacion, el año de 1804, habiendo sido regenerado de la culpa con que nace todo el linage de Adan, en las aguas bautismales que brotaba la fuente de la misma Parroquia de la Encarnacion. Desde entónces perteneció por la fé á la Santa Iglesia Católica, de la cual despues habia de ser un digno ministro, hasta venir á terminar su gloriosa carrera cifiendo sus encanecidas sienes con la primera Mitra en el Obispado de Zacatecas. Hijo de la Iglesia por la gracia, mecido en su cuna con los gérmenes fecundos de la religion y encargada su infancia á padres católicos poseedores de las virtudes cristianas, apenas empezaba á